

DISCOS

Koska y la nueva ola vasca

Como tantos otros aspectos de la realidad y de la actualidad social, política y cultural vasca, la canción y la música que se vienen haciendo allí en los últimos años son prácticamente desconocidas, por ignorada, en el resto del Estado español. No se trata ya de que los "clásicos" de dicha canción (los Mikel Laboa, Lourdes Iriondo, Benito Lertxundi, Antton Valverde...) sigan estando inéditos, a nivel de discos publicados y casi casi a nivel de apariciones, fuera de su país, pese a su indudable importancia histórica y, en más de un caso, a su innegable calidad musical y poética. Parecía que una "segunda generación" (los Imanol, Gorka Knörr, Urko, grupo Oskorri) tendría más suerte, y de hecho así ha ocurrido, pues algunos de sus trabajos discográficos han visto la luz más allá de Euskadi, gracias —todo hay que decirlo— a que fueron grabados por compañías multinacionales y "centralizadas" en Madrid. También se ha producido algún recital de esos artistas en la capital del Reino, y otras provincias, que han posibilitado una mayor audiencia de sus productos..., pero de una forma tan esporádica y excepcional que, prácticamente, se han quedado en una mera y formal "presentación".

Pero resulta que, hoy, ahora, existe lo que podríamos denominar aquí también la "nueva ola" de la canción vasca, que no todas van a ser "waves" rockanrolleras y procedentes de allende los mares anglosajones. Hay una música y una canción que se vienen realizando en un país mucho más cercano, y del que, sin embargo, sabemos menos que de los USA o de las Europas. Existen nombres, por ejemplo, como los de Iñaki Eizmendi, Patxi Villamor, Iokin eta Yosú, el más veterano Fernando Unsain, Gontzal Mendibil, Xeberri o el grupo Koska. Es en este último en el que queremos

reparar más detenidamente ahora, pues su LP, grabado como la mayoría de los anteriores por la casa autóctona IZ, es un buen ejemplo del camino que sigue el movimiento musical del País Vasco, artistas tradicionales —y valiosos— como Laja y Landakanda al margen. Koska representan el aspecto más innovador y formalmente más renovado de una expresividad que, como la euskaldun, se remite habitual y necesariamente al folklore más ancestral, por destacar sus connotaciones nacionalistas y peculiares. Lo bueno de Koska —como de Oskorri, como de Imanol, Knörr o Eizmendi— es que sus aportaciones estilísticas y de forma no prescinden ni entierran aquellas referencias, sino que, en todo caso, las activan, transforman y pulen en otras maneras más vivas y, en todo caso, experimentales. Koska emplean guitarras eléctricas y todos aquellos elementos sonoros que hacen de ella una formación "moderna", por más que en algunos casos el resultado suene aún algo primitivo e ingenuo, sin que se sepa por el momento si ello es más un defecto que una virtud. Si el virtuosismo técnico no existe, sí queda un toque "naïf" y crudo que no deja de tener su gracia. Por lo demás, por mucha fuerza sonora y "marcha" que se le echa a alguno de sus temas, las letras son inequívocamente vascas, en la mayor tradición de los poetas populares de la tierra: "Somos siete/el total de familiares./Quienes éramos como uno/hace mucho tiempo./Unámonos para hacer fuerza" ("Como las flores del argoma"). O "Montes nuestros y queridos./Hoy erguidos como ayer./Lugares pacíficos./Campos hermosos de Vasconia" ("Baserriak": "Los caseríos"). El poema "Bizitzaren" en tres partes, de Antton Aranburu, ocupa, por su lado, la segunda cara del disco con su narrativa sencilla, sugerente y atmosférica, pero también testimonial: "Bajo la vara del jefe,/el castigo del trabajo,/el trabajo castigado./Lucha cotidiana./lucha de largas horas./Fuego y llama./Humo y chispas./No hay cielo para los trabajadores./ni rosas de fino color./ni cobijo para la noche" ("Kontraesanak", "Contradicciones"). ■ ALVARO FEITO.

Teatro

Por el número de estrenos y la significación que tiene siempre todo comienzo de temporada, las críticas que habitualmente figuran en esta sección han sido sustituidas por un comentario global, incluido en páginas anteriores de este número. Ello permite unir el estudio de cada espectáculo concreto a la visión conjunta de la que es ya primera imagen de una difícil temporada.

CINE

"La escopeta nacional"

No es una escopeta nacional. Es la escopeta de una clase social. De la clase que determinó durante cuarenta años el destino, la fortuna y la desgracia de los millones de españoles que no pertenecíamos a esa clase, que no tuvimos acceso a los bienes que ellos detentaban. Es, claro, la escopeta "nacional". La de los que vencieron, con la que vencieron.



"La escopeta nacional", de Berlanga.

Personajes grotescos que deambulan como enanos entre sus propias estupideces, en su podredumbre, en su decadencia. Es la clase media de los d'gentes, víctimas y verdugos de una situación que ellos mismos crearon y mantenían. Pero querían ser como los favoritos de los fantasmas que los amparaban y no querían que los demás fuéramos como ellos. Nos imponían, por lo tanto, una conducta y fingían que ellos mismos eran los ejemplos máximos de lo que querían imponer. Nos reprimían y nos atemorizaban. Y tenían miedo. Eran tuerfos, impotentes, coléricos, débiles, fanáticos, maniáticos y bobos. Nos quisieron hundir, pero ellos ya han muerto y nosotros seguimos vivos. Estamos sanos y ellos descompuestos. Aunque todavía no lo sepan del todo. Aunque no se lo crean. Aunque vuelvan a ganar.

"La escopeta nacional", de Berlanga, es una crónica ácida y mordaz de todo esto. Resuelta de forma maestra en torno a una situación única donde se dan a la vez cientos de situaciones paralelas, todas ellas protagonistas, todas significativas. Berlanga ha vuelto a realizar una película coral, como "Novio

a la vista", como "Plácido". En los últimos años del franquismo se imponían las películas claustrofóbicas, el intimismo ("Tamaño natural"). Ahora Berlanga mira más de frente, se encara con mayor violencia y realiza este espléndido fresco con la ironía y la mala leche de quien se divierte con la descomposición de sus enemigos.

El delirio del corretear de esos personajes, del miserabilismo de sus pequeñas y mezquinas ambiciones, es un ejemplo de habilidad cinematográfica. El tono bufo elegido para la narración puede parecer fácil para algunos; y, sin embargo, es precisamente en ese tono —tan arraigado, por otra parte, en toda una tradición del espectáculo español— con el que se van dando multitud de juegos dramáticos que no acaban en una sola visión de la película. Tras la evidencia, hay nuevas posibilidades. A mí me parece que, después de "El verdugo", esta es la película más en primera instancia política de Berlanga. Pero no sólo porque sus personajes se dedican a ella, como porque el enunciado de sus relaciones tiene, por parte del autor, un compromiso concreto. Y un riesgo. "La escopeta nacional" está dentro de las mejores películas de Berlanga.

Y justamente ahora que la comedia inteligente parece desterrada, Berlanga vuelve a ella para colocarla en el lugar justo: en el de la denuncia, el cachondeo y la provocación. Esos personajes caricaturescos son un invento extraordinario. Con guiño de Berlanga y Rafael Azcona, una serie de actores realizan un trabajo que pocas veces tienen ocasión de igualar. (Tradicionalmente ha sido Berlanga un asombroso director de actores.) José Sazatornil, Mónica Randall, Laly Soldevilla, Amparo Soler Leal, Bárbara Rey, Rafael Alonso, Luis Escobar, Antonio Ferrandis, Agustín González, José Luis López Vázquez, Andrés Mejuto, Conchita Montes y un más largo etcétera devuelven al trabajo de actor su importancia e inteligencia. ■ DIEGO GALAN.

"Oro rojo"

¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad! Si la situación política española no fuera como es y los españoles no estuviéramos ya acostumbrados a pelizarnos continuamente para creer lo que vemos, esta película podría haber acabado con los brazos de cuantos se arriesgan a verla. No se puede dar crédito a tal sarta de disparates, a tal torpeza narrativa, a la pretenciosidad con que se cuenta una